

Robert Sabatier

GG

DICCIONARIO ILUSTRADO DE LA
MUERTE



Título original: *Dictionnaire de la mort*. Publicado en 1967 por Éditions Albin Michel, París

Diseño de la cubierta: Toni Cabré
Ilustración de la cubierta: José Guadalupe Posada, *Calaveras ciclistas*, grabado.

Agregación de documentos españoles por Jorge Campos
Dibujos de Ciro Oduber
Traducción de J. C. Laporta

2ª edición, 1ª tirada 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Editorial no se pronuncia ni expresa ni implícitamente respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

© 1967 Éditions Albin Michel, París
© de la edición castellana:
Editorial GG, SL, Barcelona, 2021

La editorial ha puesto todo su empeño en contactar con aquellas personas que poseen derechos de autor de los textos publicados en este volumen, pero en algunos casos su localización no ha sido posible. Sugerimos a los propietarios de tales derechos que se pongan en contacto con la editorial. Las reclamaciones justificadas se atenderán según los términos de los acuerdos habituales.

Printed in Spain
ISBN: 978-84-252-3119-3
Depósito legal: B. 13907-2021
Impresión: Gràfiques 94, Barcelona

Este libro se ha impreso sobre papel fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible y beneficiosa para las personas. También para generar un menor impacto, hemos dejado de retráctilar nuestros libros. Con estas medidas, queremos contribuir al fomento de una forma de vida sostenible y respetuosa con el medio ambiente.

Editorial GG, SL
Via Laietana 47, 3.º 2.ª, 08003 Barcelona, España. Tel. (+34) 933 228 161
www.editorialgg.com

ROBERT SABATIER

DICCIONARIO
ILUSTRADO
DE LA
MUERTE

www.editorialgg.com

GG[®]

PREFACIO

La mayoría de mis amigos sabían desde hace tiempo que me dedicaba a la redacción de un diccionario; muchos me preguntaron su tema, pero, con el índice sobre los labios guardé el secreto como una vieja cocinera celosa de sus recetas. Tentado por la malicia, a veces levanté algo el velo del misterio dejando escapar imprudentes frases sobre la muerte. Pero nadie adivinó la relación entre esas frases y mi obra. Uno de mis amigos incluso dijo: «Con su diccionario, es una tumba.»



Este preámbulo no tiene otro objeto que mostrar en qué medida lo que nos afecta escapa a nuestros pensamientos. Enamorado de la vida, en los antípodas de lo «macabro», quise, todo y tomando el asunto en serio, con humildad, dignidad, sin frivolidad, pero también sin pudor, ofrecer a mis eventuales lectores la posibilidad de hallar en una sola obra, por cierto bien imperfecta, todo lo que concierne a nuestros fines últimos a través de la historia, la filosofía, la moral o la religión, la sociología o la demografía, el arte o la mitología, la anécdota, el folklore, etc. Reuní una materia dispersa, enriqueciéndola lo mejor que supe, con el título de *Diccionario de la Muerte*, pues, hasta que se me pruebe lo contrario, nunca hallé otra obra así titulada.

¿Cómo podía ordenarse una materia tan variada, numerosa y diversamente organizada? Elegí la distribución alfabética, con frecuencia arbitraria en este género de obras; pero intentando, sin embargo, conciliar cierto método con una relativa fantasía, y sobre todo con el interés de lograr, por la variedad de temas tratados

en un mismo artículo, que la obra fuera abordable y en absoluto árida: la diversidad me ha ayudado mucho en la labor.



Pues no emprendí este diccionario, se ve claro, para distraerme, sino porque cada hecho histórico, cada opinión de filósofo, cada imagen de poeta, cada costumbre de un pueblo, cada liturgia, como cada desafío o resignación humana, me inclinaba a una meditación tanto más profunda en la medida en que valoraba más lo contrario de la muerte. Comencé este libro como se empieza una colección, uniendo, para constituirme una sabiduría personal, una hoja a otra, hasta debatirme, casi ignorándolo, entre algunos centenares de ellas, sin tener la formación ni el paciente método del erudito; ésta es, pues, la obra de un aficionado y no la de un técnico; se dirige al hombre de bien y no al sabio ni al especialista cuya crítica acepto de antemano. No he querido recargar ninguna cita con referencias bibliográficas ni con aparato crítico. Así, más bien que citar a tal escritor, filósofo o sabio, situándolo en el marco de sus libros, he preferido hacerlo intervenir como si se hallara presente entre nosotros; su nombre aparece y nos habla. Es un procedimiento de novelista; no lo niego, pues me ha permitido muchas asociaciones e intervenciones curiosas.



Entre tantas otras, dos frases de Michel de Montaigne son famosas y se citan con frecuencia: «De nada me informo con mayor interés que de la muerte de los hombres. Si fuera creador de libros, haría un registro comentado de muertes tan diversas.» No creo responder a un designio tan elevado; no soy un benedictino, y, además, sin duda publico el libro que nunca podrá ser, que jamás será, exhaustivo. Mientras escribo estas líneas, o, mejor, mientras se leen, decenas de hombres mueren sencilla o trágicamente, y su historia, sus pensamientos, sus últimas palabras serán siempre ignorados. Puesto que me refiero a últimas palabras, quiero rendir homenaje a Claude Aveline, que reunió en *Les Mots de la fin* las perlas de sabiduría y de verdad de muchos personajes ilustre. La muerte, la muerte que siega las vidas entre nosotros, la muerte que nos acecha tras la locura de las guerras y de las bombas, ha dado origen en los últimos tiempos a obras admirables: pienso en Vladimir Jankelevich en filosofía, en Fabre-Luce en sociología

y en Jessica Mitford o en los autores del *Crapouillot*, que, bajo la dirección de Jean-Jacques Pauvert han vituperado los abusos comerciales y publicitarios de las pompas fúnebres. Pero en la bibliografía sumaria que se inserta al final de este libro, el lector hallará otras obras de calidad.



En el umbral y en torno a la muerte es como mejor se manifiestan lo singular, lo increíble, lo fantástico, lo maravilloso; pero también el pensamiento religioso y el pensamiento sin más: es el lugar donde el hombre halla su verdad. Esta verdad la he acochado allí donde me ha sido posible, con frecuencia en los lugares más inesperados. Las citas de poetas no han sido olvidadas: mejor que presentar obras demasiado conocidas, he preferido remitirme sobre todo a las dinámicas imágenes de los contemporáneos. Con frecuencia, los epitafios apenas tienen valor poético; sin embargo, he recogido muchos del pasado por su valor histórico.

Me parece interesante saber si existen más de cien expresiones de argot para designar «morir» o «matar», conocer las miserias de la guerra, saber dónde se halla tal o cual muerto al que se admira, tener noticia de los mártires, ver cómo los hombres de condiciones sociales diferentes han preparado su muerte o han reaccionado ante su presencia, y comprobar en qué medida ha intervenido el progreso para mejorar la existencia de los seres, pero también sus posibilidades de destrucción.

No niego que la anécdota tiene aquí un lugar importante; pero se trata menos de la vana rebusca del aficionado a las compilaciones irrisorias que del ejemplo aportado, aunque sea poco seguro, pues, aun apócrifo, traza una idea de la muerte. Que Duels diga a Bougainville que no le corresponde a la Academia francesa otorgar la extremaunción, que antaño las pompas fúnebres formaran parte de la organización de los «menus plaisirs», que Constantino decretara pena de muerte contra el adulterio, que el alcoholismo mate veinte mil personas por año en Francia y el automovilismo trece mil... todo esto no es muy indispensable a la cultura individual; pero, de saberlo, acaso no se actuaría lo mismo en tal o cual circunstancia.

Se encontrarán artículos concernientes a las profesiones (arquitectos, comediantes, médicos, poetas, sabios...), a las partes del cuerpo (cráneo, manos, nariz, pies, barba, bigotes...), a las religio-

nes (divinidad, extremaunción, impiedades, liturgia), en los que nos hemos esforzado por mostrar grandezas y miserias. El tiempo, la historia, la arqueología, las civilizaciones, las bellezas y los vicios, las virtudes y los heroísmos, las dichas y las desesperanzas, las vanidades y las verdades, todo esto ha sido reunido como microcosmos de nuestra condición mortal. Los objetos familiares no han sido olvidados, ni tampoco los animales a los que queremos. Resumiendo, en una materia que no nos permite ser completos, nos hemos esforzado por presentar un máximo de aspectos y de ejemplos. Confieso que tal o cual artículo merecería todo un libro; he intentado sustituir el desarrollo por la contención, por el relato breve de un hecho interesante. En fin, siempre que me ha sido posible, he indicado el título del libro que es autoridad en el punto tratado.



Otra cosa: la muerte alimenta el humor negro con exceso de facilidad. Puede suceder, por tanto, que algunos artículos muy serios de este diccionario sean entendidos de un modo distinto al que quise darles. No proscubí el humor en los artículos que se le dedican; pero si se quisiera, fuera como fuese, encontrarlo en otros lados, a riesgo de caer en el mal gusto, la intención residiría en la manera de leer y en el espíritu del lector mejor que en lo escrito y entonces habría que echarse la culpa a sí mismo o al menos tenerse en cuenta en tal aspecto.

Puesto que he hablado de lo contrario de la muerte, que esta obra, por encima de su tema, y sin excesiva paradoja, sin inversión demasiado esperada, haga nacer en quien la lea un gran deseo de vivir, que le exprese la grandeza de nuestra existencia y su dolorosa belleza: tal es mi anhelo. Pues el más alto grado de sabiduría consiste en conciliar los extremos, y, en una totalidad vuelta a hallar, la del día que no olvida que su mitad es la noche, repetir al hombre que vivirá mañana, y otra vez más, y otra y otra. Para terminar esta presentación demasiado larga, cito una frase de Boris Pasternak, que quiero convertir en mi conclusión: *La muerte no es asunto nuestro.*

R. S.

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Los editores de la versión española, juzgando conveniente e incluso necesario aumentar la proporción de temas alusivos a España, confiaron a Jorge Campos la tarea de reunir una antología de textos para insertar entre los compilados por Sabatier. Para distinguirlos de la obra de este autor, dichos artículos se señalan con asterisco. Obvio es decir que la aportación de Jorge Campos ha equilibrado más que otra cosa el conjunto, muy inclinado en la versión original a lo galo. Pero fuera erróneo suponer que se trata de una adición exhaustiva, como ahora suele decirse, pues en el tema de la muerte son tantas y tantas las voces que se han alzado que no cabe sino dar una representación del pensamiento hispano al respecto, tanto en lo intelectual como en lo anecdótico y popular. También se han agregado algunos textos hispanoamericanos del tema.

LOS EDITORES

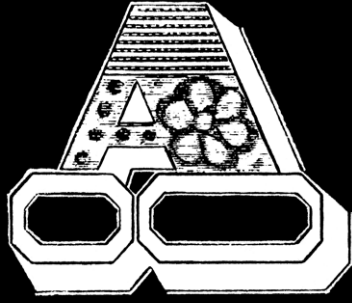
DICCIONARIO ILUSTRADO DE LA MUERTE

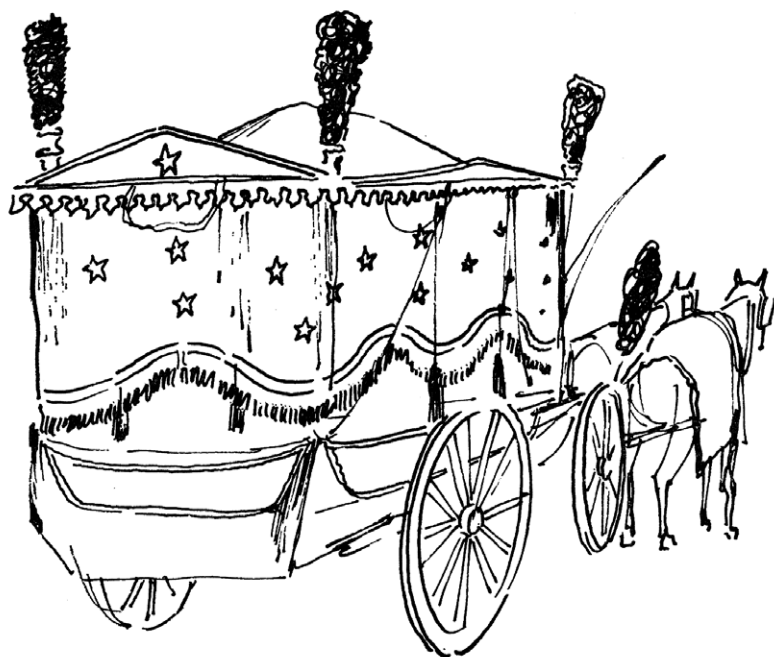
con temas de:

HISTORIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN, SOCIOLOGÍA, ARTE, DEMOGRAFÍA, POESÍA, GEOGRAFÍA, FILOSOFÍA, ANTROPOLOGÍA, FOLKLORE, LITERATURA, ANÉCDOTA, MITOLOGÍA, CRÍTICA, MORAL, etc.

que contiene:

argots, epitafios, frases célebre, últimas palabras, testamentos notables, últimas disposiciones, jurisdicciones, rituales, condenas, causas, estadísticas, instituciones, proposiciones filosóficas y paradojas, sentencias, máximas, proverbios, refranes, citas, pensamientos, divisas, alegorías, divinidades, curiosidades, celebridades, usos y costumbres, tradiciones populares, magia, ritos, presagios, sabiduría, consejos, creencias, maldiciones, exorcismos, quiromancia, lenguaje de las flores, clave de los sueños, cartomancia, hechos maravillosos absurdos o fantásticos, lutos, decoraciones, crímenes, suplicios, martirologios, sadismo, monstruosidades, supercherías, ambigüedades, bufonadas, medicinas, retruécanos, acertijos, sátiras, chistes, juramentos, etimologías, eufemismos, profesiones, iconografías, bestiarios, herbarios, jardines, inscripciones, poemas, etc., de todos los tiempos y países.





Abel

Era natural que la primera víctima de un crimen iniciara este *Diccionario*; es imposible no creer que esto va acompañado de cierta magia alfabética. Segundo hijo de Adán, Abel era pastor. Fue muerto por su hermano Caín, celoso de que sus ofrendas fueran mejor acogidas por Dios que las suyas; así nacieron, con el primer crimen, las primeras circunstancias atenuantes.

Este hecho hizo correr mucha tinta y todavía más pintura: citaremos el fresco de las catacumbas de San Javier en Nápoles, pinturas de las catacumbas romanas, los bajo relieves de Jacopo della Quercia y el techo de Miguel Ángel en la Sixtina.

Grandes obras literarias, un poema armenio de Arachel, el *Jeu d'Adam* de la Edad Media francesa, una comedia de Lope de Vega, un relato bíblico de Huig van Groot reiterado por van den Vondel, poemas de Gessner, Klopstock, e incluso de Legouvé.

Señalemos de paso algunas citas, indicando la de Lamartine:

Génesis: «Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?»



Lamartine: «Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermana?»
(en *Genevieve*).



Hugo: «El ojo estaba en la tumba y miraba a Caín.»



Puede hacerse la observación de que el personaje más importante del dúo con frecuencia es Caín, el homicida. Pero he aquí la fórmula más sorprendente: Lamennais: «Caín mató a Abel, he aquí el primer crimen; todos los crímenes son fratricidios.»



Y la más comprometida: Proudhon: «Caín fue el primer propietario y el primer homicida.»



Thomas de Quincey: «Se advierte que ese acto (el asesinato) fue cometido por un Polifemo ignaro, incapaz de premeditación ni de cualquier otra refinamiento, sirviéndose de un hueso de animal.» El asesinato de Abel le parece tan indigno como pueda ser posible desde el ángulo del «asesinato considerado como una de las bellas artes».



Existía en Africa del Norte, en tiempos de San Agustín, una secta, los abelitas, que sostenían que Abel había tomado esposa, pero absteniéndose de tener hijos. Seguían su ejemplo, para que no nacieran nuevos pecadores. Sin embargo, con gusto adoptaban los hijos de quienes no compartían su singular creencia.



Existió otra secta, los cainitas, que profesaban la creencia de que Abel había sido engendrado por una potencia inferior. Caín, por el contrario, era el fruto de una entidad superior, y esos gnósticos le juzgaban antepasado de Esaú y de Judas, la raza superior, la del Dios de luz.

Academia francesa

A causa de que los cuarenta miembros de la Academia francesa son llamados los Inmortales, el ingenio francés nunca ha dejado de manifestarse a su propósito. Se han escrito muchos epigramas, y también réplicas, sin olvidar ciertos hechos curiosos, a veces poco conocidos, hallándose varios en relación con el tema de este libro.



Respecto a los trabajos del Diccionario de la Academia, Boissier escribió este epigrama:

*Desde hace mucho tiempo se trabaja en la F;
El destino me habría obligado mucho
De decirme: vivirás hasta la G.*



El poeta, muy avaro, Jean Chapelain se dirigía a la Academia (se sentía atraído por el tanto por presencia) cuando, tras una lluvia azotadora, tropezó con un arroyo infranqueable. Había allí un tablón que se podía alquilar por diez céntimos. Por economía, Chapelain prefirió entrar en el agua hasta las rodillas. Llegó empapado a la Academia, y, no queriendo suscitar burlas, dejó de secarse, por lo que murió poco después de una pulmonía, dejando —comprendidos, sin duda, los diez céntimos ahorrados— cien mil escudos de fortuna.



Cuando murió Mme. la Delfina de Francia, la Academia francesa, que se presentó para dar el pésame, no fue recibida en contra del uso. M. de Harlay se quejó de ello a Luis XIV, y, para destacar más la falta que se había cometido, le dijo «que Francisco I cuando le presentaban por primera vez a un literato daba tres pasos ante él».



El mariscal de Saxe murió mientras aguardaba una visita del rey, para la que había gastado tres millones. Pocos días antes de su muerte, había rechazado un sillón en la Academia dando así sus

razones: «Quieren hacerme de la Academia; esto me iría como una sortija al ojo de una aguja».



Fontenelle, que murió a los 99 años y 332 días ofrece el más bello ejemplo de longevidad en la Academia. Hasta el presente, ningún académico ha cumplido los 100 años; pero los nuevos índices de mortalidad permiten prever que habrá Inmortales centenarios.



Deseando ser de la Academia francesa, Bougainville se lo pidió a Duolos, el secretario perpetuo. Para inclinarle a ceder, le indicó que tenía una grave enfermedad y que no tardaría en dejar vacante la plaza. Duolos le respondió cruelmente que no incumbía a la Academia dar la extremaunción.



Se cita el mismo hecho a propósito del abate Trublet, que decía a Duolos sentirse enfermo de disgusto por no lograr obtener el esperado sillón. «La Academia —le repuso Duolos— en absoluto ha sido creada para los incurables.»



Delille no tenía el mismo rigor. Cuando el cancionista Laujon, enfermo y sin gran bagaje literario, se presentó, el académico le apoyó en estos términos: «Señores, sabemos a dónde se dirige; permitámosle pasar por la Academia.»



Hasta la Revolución, el secretario perpetuo de la Academia francesa tenía la obligación de cumplir un deber cerca de un académico que se encontrara en trance de morir: prevenirle que pusiera en regla sus asuntos religiosos si él no se hallaba en estado de llamar a un sacerdote.



No puede olvidarse el epitafio que Piron hizo para sí mismo:

*Aquí yace Piron que nada fue,
ni académico llegó a ser.*



Como la Academia no envió representación al entierro del citado Piran, se hizo circular esta cuarteta:

*De los Cuarenta, vanamente llamados a tu entierro
Ninguno ha querido aumentar el pequeño número;
No te quejes, Piran, es que tenían
Aún miedo de tu sombra.*



Nepomuceno Lemercier, que había sido el promotor de la candidatura de Victor Hugo, votó finalmente por Flourens. A Alejandro Dumas, que le reprochaba su defección, Lemercier le respondió: «¡Jamás votaré por Victor Hugo!» Dumas replicó: «Tened cuidado, no le habéis dado vuestro voto; pero hay algo que os veréis obligado a cederle un día: vuestro puesto.» La predicción se cumplió: tres meses más tarde Lemercier moría y Hugo obtenía su sillón.



La recepción de Victor Hugo en la Academia francesa tuvo lugar cuando el proceso Lafargue apasionaba a la opinión. M. de Salvandy, que respondió al poeta en el acto de la recepción, cometió a pesar suyo una equivocación: «En este tiempo en que el *arte escénico* ha tomado un desarrollo extraordinario...» Esto hizo reír tanto, que el orador recommenzó su frase: «En este tiempo en que el arte teatral...»



Jean Cocteau: «Un académico es un hombre que se convierte en sillón cuando muere.»

Acreedores

Los egipcios no podían ser enterrados sin que sus parientes hubieran pagado todas sus deudas.



El aventurero Teodoro, que se proclamó rey de Córcega, y que murió en una miserable posada de Londres, en 1755, legó por testamento la isla de Beauté a sus acreedores. Era una broma; ya la había hipotecado en su provecho ante la Insolvent Court.

Adivinación

Las mejores prácticas de adivinación provienen del asombroso Anatole Le Braz. Por ejemplo, indica un medio para descubrir en qué plazo uno morirá. Se trata de poner en ciertas fuentes sagradas una cruz hecha con dos ramitas de sauce. Si la cruz flota, la muerte no tardará; si se hunde, el fin se halla bastante lejos, tanto más cuanto más de prisa se sumerja.



Un adivino anunció a Fernando el Católico que moriría en Madrigal. El rey evitó dirigirse a ese lugar, donde tenía una mansión de recreo. Pero murió en Madrigalejo, pueblecillo mísero de sus Estados, en una pobre cabaña a la que se le trasladó.



Eduardo IV, rey de Inglaterra, quiso saber el porvenir de sus hijos. Un adivino le respondió que serían mue tos por uno de los hermanos, cuyo nombre empezaba por G. Hizo ahogar al duque de Clarence, que se llamaba George en un tonel de vino de malvasía. Pero dejó vivo a Ricardo, el famoso Gloucester, que se encargó de dar la razón al adivino.



Un adivino le predijo al rey de Inglaterra —que se rió mucho de ello— que moriría en Jerusalén. Y, en efecto, el rey murió en una habitación que se llamaba Jerusalén.



Cuando el cuerpo de Gérard de Nerval fue encontrado ahorcado, en la calle de la Vieille-Lanterne, de París, se emitieron todas las suposiciones; se habló de presagios, de adivinación, pero el misterio de su muerte cerró sus puertas. Jules Janin escribió a la sazón: «A la puerta de una casa miserable, con viento helado, en la noche profunda, a la hora en que todo duerme, en la que todo

reposa, cuando el silencio ha caído sobre esta ciudad inmensa y la protege como el ave que mantiene a sus hijos bajo sus alas, Gérard se ha matado, el amigo de nuestra juventud, el compañero encantador de nuestros trabajos cotidianos, el soñador despierto del que jamás vimos sino la benevolencia y la sonrisa.»



En el *Dictionnaire de police* de Des Essarts hallamos la historia de una joven a la cual una bruja predijo que sería ahorcada. Esto le causó tal efecto que lo soñó y murió de resultas.



Benjamín Constant: «El hombre siempre ha pedido a los muertos la revelación de las cosas futuras.»



Chateaubriand: «Los vivientes nada pueden enseñar a los muertos; por el contrario, los muertos pueden instruir a los vivientes.»



Stendhal, poco antes de su muerte, había escrito a un amigo: «Encuentro que no es ridículo morir en la calle cuando no se hace expresamente.» Murió de un ataque de apoplejía en la esquina del paseo y la calle de Capucins, de París.

Administración

Meng-Tseu: «¿Hay alguna diferencia en matar a un hombre con espada o con una mala administración?»



En Tallemant des Réaux se encuentra una anécdota según la cual un intendente de Languedoc, cuya mujer había muerto en Beziers, quería que la provincia la hiciera enterrar a sus expensas. Un diputado le hizo comunicar que ello era imposible, pero que «si se tratara de usted, señor, se haría con gusto».



Los «Menus plaisirs du Roi», nombre dado durante el Antiguo Régimen, en Francia, a la Organización de Fiestas de la Corte,

fueron restablecidos durante la Restauración. Esta administración integraba también el servicio de pompas fúnebres de la familia real. Se hicieron bromas sobre estos singulares placeres. La denominación fue cambiada por la de «Material de las fiestas y ceremonias de la Corona».



«Para que una persona puede ser inhumada, primero es necesario que esté muerta» (Legislación del siglo XIX).



Auguste Comte: «Los muertos gobiernan a los vivos» (Catecismo positivista).



Jules Renard: Cuando se anunció a este gobernante la muerte de su esposa, preguntó: «¿Es oficial?»



Al frente de su famoso número dedicado a las pompas fúnebres, la revista *Crapouillot* indica: «Puesto que el comercio de la muerte es un negocio excelente, una solución se impone, la única que podría devolver su dignidad a un servicio público natural: la nacionalización pura y simple de las pompas fúnebres bajo la égida del ministerio de Población y Salud Pública.»

Adulterio

La violación de la fe conyugal, antes de pasar, como sucede con frecuencia, a las costumbres, era un crimen grave, castigado muchas veces con las más altas penas. Así, entre los hebreos se lapidaba a los dos culpables. Entre los egipcios se cortaba la nariz a la mujer y se fustigaba a su cómplice. Entre los atenienses se repudiaba a la mujer. En Roma, la pena, si se trataba de una mujer, podía llegar a ser de muerte. La ley Julia proclamó pena de muerte o de relegación. Constantino decretó la pena de muerte. Justiniano se conformó con hacer fustigar públicamente a la delincuente. El emperador bizantino León derogó la pena de muerte, pero retornó a la costumbre de los egipcios, de ablación de la nariz.

Los pueblos germanos eran más severos: se quemaba a la

mujer y se colgaba a su cómplice sobre las cenizas de ella. Entre los burgundios se ahogaba a la mujer en el barro. Entre los anglosajones se les cortaban los trajes hasta la cintura a las culpables, y, tras el látigo, eran expuestas a la vergüenza pública.

En Francia, bajo Carlomagno, existía pena de muerte contra todo adulterio. En la Edad Media se arrastraba a la mujer sobre miel y plumas, o se paseaba a los dos cómplices sentados en un asno, con la cabeza vuelta hacia la cola del animal. Antes de la Revolución, habían de cumplirse dos años de convento. En Inglaterra, donde el adulterio se llamaba *criminal conversation*, era frecuente la deportación de los culpables. Entre los turcos se los lapidaba. En general, se trataba peor a la mujer que al hombre. En los pueblos primitivos, incluso polígamos, el adulterio era castigado con la muerte.



Otros castigos del adúltero: los tucopianos, los rotumayanos, los nubios, los habitantes de Borneo le castigaban con la muerte. Los battas de Sumatra se apoderaban del cómplice de una mujer adúltera, y, muy sencillamente, lo devoraban.



Los antiguos caribes creían que los muertos se disfrazaban de hombres para seducir a las mujeres casadas; pero cuando la mujer cedía, desaparecían.



Cuando el duque de Buckingham mató en duelo a lord Shrewsbury, la mujer de éste, avisada del combate, se hallaba presente. Salió de allí con el vencedor para hacer el amor inmediatamente.



Moliere: «Más vale ser engañado por la mujer que matado.»



Cuando madame de Montespan se convirtió en favorita de Luis XIV, su marido, vestido de negro, fue al encuentro del rey para anunciarle que se despedía y que se iba lejos a llevar luto por su esposa. Una vez en su provincia, procedió al simulacro del entierro de la infiel.



**Encuentra este libro en tu
librería habitual o en editorialgg.com**

Robert Sabatier

GG

DICCIONARIO ILUSTRADO DE LA
MUERTE



<https://editorialgg.com/diccionario-ilustrado-de-la-muerte-libro.html>

GG